

Entrevista

"Aquello que me ha fascinado siempre, de verdad, es el misterio de la creación": Entrevista a Luís Díaz Viana

MARTHA CECILIA CEDEÑO-PÉREZ¹

 0000-0002-3597-2876

Observatori d'Antropologia del conflicte Urbà (OACU), Barcelona

LUCÍA RODRÍGUEZ-OLAY²

 0000-0002-3704-9962

Universidad de Oviedo, España



revistes.uab.cat/periferia



Junio 2022

Para citar este artículo:

Cedeño-Pérez, M.C., Rodríguez-Olay, L. (2022). "Aquello que me ha fascinado siempre, de verdad, es el misterio de la creación": Entrevista a Luís Díaz Viana. *Perifèria, revista de recerca i formació en antropologia*, 27(1), 136-150, <https://doi.org/10.5565/rev/periferia.882>

Resumen

Luís Díaz Viana es, actualmente, Profesor de Investigación vinculado *ad honorem* del Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC) y, desde 2013, es investigador en el Instituto de Estudios Europeos de la Universidad de Valladolid. Ha sido docente en dicha Universidad y en la de Salamanca, además de haber desempeñado esta labor en la Universidad de Berkeley, en la de Texas y de California y en la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). A lo largo de su amplia carrera ha publicado obras de diversa índole, acercándose también a la creación literaria. Su excelente formación y su trayectoria académica e investigadora hacen de él uno de los principales referentes de la antropología social. En esta entrevista nos ofrece su reflexión sobre el folclore, la cultura, la etnografía y la literatura con una visión actual que recurre al pasado como fuente de referencia.

Palabras clave: Antropología social; Etnografía; Cultura; Folklore; Literatura; Creación.

¹ Contacto: Martha Cecilia Cedeño Pérez – lunera2107@gmail.com

² Contacto: Lucía Rodríguez Olay – rodriguezolucia@uniovi.es



Abstract: *"What has always fascinated me, truly, is the mystery of creation": An Interview with Luis Díaz Viana*

Luis Díaz Viana is currently a lecturer at the Spanish National Research Council (CSIC) and, since 2013, a researcher at the Institute of European Studies of the University of Valladolid. He has taught at the University of Valladolid and the University of Salamanca, as well as at the University of Berkeley, the University of Texas, the University of California and the National Autonomous University of Mexico (UNAM). Throughout his extensive career, he has published works of various kinds, and has also been involved in literary creation. His excellent training and his academic and research career make him one of the leading figures in social anthropology. In this interview, Luis Díaz Viana offers us his reflections on folklore, culture, ethnography and literature, with a current vision that draws on the past as a source of reference.

Keywords: Social anthropology; Ethnography; Culture; Folklore; Literature; Creation.

Un antropólogo de mirada integral

Hablar de Luis Díaz Viana es hacerlo de una persona que se ha adentrado en diversos caminos del conocimiento, a la usanza de esos antiguos sabios que trashumaban, con curiosidad y humildad, los bosques del saber para encontrar respuestas -o indicios de ellas- a las múltiples preguntas de la realidad. Prueba de lo anterior es su excelente formación y recorrido académico e investigador que hacen de él uno de los pioneros y principales referentes de la antropología social dentro y fuera de España.

Ha sido docente en la Universidad de Valladolid y en la Universidad de Salamanca; fuera de España, ha estado en Estados Unidos como profesor asociado de la Universidad de Berkeley y como profesor invitado de la universidad de Texas y de California; también ha desempeñado labores como profesor en la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). En la actualidad, desarrolla su labor como profesor del Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC) y, desde 2013, es investigador en el Instituto de Estudios Europeos de la Universidad de Valladolid.

Desde su primera obra publicada en cinco volúmenes: *Catálogo folklórico de la provincia de Valladolid* (1978-1982) hasta la última, *Miedos de hoy: Leyendas urbanas y otras pesadillas de la sobremodernidad* (2017) han sido numerosas las publicaciones, tanto artículos como libros, y las conferencias sobre ritos y tradiciones orales, canciones y cuentos populares, etnología y folklore, memoria, patrimonio inmaterial, globalización... Todo ello mirado bajo la lupa de la investigación y la crítica a los nuevos modelos culturales que, a veces, borran las identidades.

Además de abordar cuestiones desde su perfil de antropólogo y filólogo, también ha cultivado formas literarias como la novela y la poesía. De la primera, se debe destacar, por lo actual y novedosa que resulta, su obra *Todas nuestras víctimas*, publicada en 2018, que vuelve la mirada sobre aquellos eventos oscuros de la historia española de este siglo y el anterior, y de las amenazas que aún se ciernen sobre ella; con respecto a la segunda, cabe citar *La cortesía de los suicidas* (2017), poemario "que remueve las tripas con sentimientos, emoción y sensibilidad, en un contexto frío y con una realidad tan oscura que esconde la intención de quitarse la vida de manera cortés y para no molestar a los demás" (*Diario de Valladolid*, 2017) y que debe leerse "dejando que el viento produzca las asociaciones que quiera, las que cada uno de nosotros tengamos inscritas en nuestro propio espíritu" (Gutiérrez Estévez, 2017).

En la obra de Luis Díaz Viana, por tanto, confluyen la ciencia y la poesía para reconocer y nombrar el mundo desde la esencia, desde todo aquello que muestra la complejidad y la contradicción del ser humano; y también, como él mismo lo dice, para husmear en el milagro de la creación individual y colectiva. En él, es posible hallar la articulación de la multiplicidad de la que nos habla Morín, las bifurcaciones borgianas, la relación entre lo ínfimo y lo grandilocuente y los nexos que, indiscutiblemente, reposan en todas las acciones humanas y sus consecuencias.

Es usted antropólogo, filólogo y escritor ¿qué vasos comunicantes atraviesan esos campos de conocimiento y de qué manera se evidencian en sus intereses y sus trabajos de investigación y creación?

Se trata de unos vasos comunicantes que, en principio, no parecía que fueran a comunicar fácilmente. Es más, durante años me preocupé de mantener separada,

al menos, mi actividad académica en cuanto investigador o profesor (tanto sobre materias filológicas como antropológicas) de mi dedicación creativa a la poesía y a la narrativa, entre otras artes y géneros. Más adelante, estas vocaciones fueron acercándose hasta coincidir y retroalimentarse. Para ello, tuve que superar el cierto reparo que me parecía vislumbrar en el entorno universitario hacia quienes, más allá de la investigación o docencia, se permitían veleidades “artísticas”. Y arrancarlo de mí mismo. También, porque descubrí con los años que en no pocas disciplinas esa interinfluencia entre lo creativo y lo científico era más antigua y frecuente de lo que podría pensarse. Hasta el punto de constatar que, entre antropólogos y antropólogas, más en concreto, la conexión de literatura y escritura etnográfica no resultaba nada excepcional. Cosa que vinieron a señalar obras tan influyentes al respecto como las de Geertz (1988) o Clifford y Marcus (1986). Pues otro descubrimiento que me llevó su tiempo realizar fue el de qué es lo que me interesaba más profundamente en mis indagaciones filológicas y antropológicas. Y caer en la cuenta de que, aquello que me había fascinado siempre de verdad, así como por lo que me he movido entre filología y antropología, era el misterio de la creación. Tanto la individual como la colectiva.

Se ha interesado usted por las culturas populares y su imbricación en los procesos de globalización -evidentes sobre todo a partir del siglo XXI- y es muy crítico con esa mirada oficial -elitista- que las considera inmóviles, homogéneas y, de alguna manera, residuales. ¿Cómo han enfrentado esas “otras culturas” las dinámicas globalizadoras y excluyentes que parecen situarlas en el plano de la subordinación? y ¿Cómo se evidencia esa situación a nivel local y nacional en los tiempos actuales de pandemia?

Debo adelantar ya que folklore y cultura popular no son —en mi opinión— exactamente lo mismo, aunque a menudo sus significados parezcan confundirse y, en mi propio trabajo, haya podido dar la impresión de que para mí lo eran. Investigar sobre folklore es en el fondo analizar códigos creativos y estéticos, pues el folklore no sólo consiste en “la comunicación artística en el seno de pequeños grupos” (Ben-Amos, 2000, p. 50), y por lo tanto en un mundo de actos o hechos —que casi siempre tienen que ver de algún modo con el lenguaje—, sino también en la gramática de creación y transmisión que hace posible esa comunicación. De modo que el fundamental propósito de la “folklorística” (*folkloristics*) en cuanto a

disciplina sería —para mí— averiguar cómo se crea y transmite cultura. Lo que constituye también uno de los principales objetivos de la antropología como disciplina humanística y humanizadora (Fernández, 1999).

Por esto, siempre he pensado que hay suficientes motivos de peso para rechazar la identificación que, con frecuencia, se ha hecho (en más de una ocasión desde la misma antropología) entre folklore y cultura tradicional, asimilando ambas con las formas de una cultura rural o campesina que, caracterizada por las marcas de lo oral, rural y lo antiguo, sólo aparecería en aquellas sociedades industrializadas donde la ruralidad quedaba definitivamente atrás, como el sustrato arcaico de un mundo en trance de desaparición (Foster, 1953). Y una de las razones fundamentales para no aceptar esta visión es, precisamente, lo que ésta debe a un enfoque fuertemente etnocéntrico y a una coyuntura histórica concreta —la que se produce en Europa entre los siglos XVIII y XX con la revolución industrial—, así como la subsiguiente negación de toda universalidad para el concepto de folklore. Tal visión, además, revelaba una sospechosa simetría entre los *exotismos de fuera* que la etnología iba descubriendo y los *exotismos de dentro* que el folklore pondría en valor: entre lo que yo he llamado irónica y críticamente “salvajes de dentro” y “de fuera” (Díaz Viana, 1999).

Esta aproximación al folklore habría considerado a los campesinos como primitivos o salvajes internos a los que imitar o redimir —según los vaivenes de las modas— y a la cultura tradicional como la supervivencia o reserva de unas siempre dudosas esencias nacionales. No habría, según ello, folklore que no fuera rural, ni folklore en sociedades primitivas, ni folklore actual. Como niego todos esos supuestos, tuve, por tanto, que adentrarme, para mostrar que no estaba equivocado, en la jungla de las culturas contemporáneas; allí donde, en mi opinión, sigue actuando el folklore y zambullirme particularment- en el *netlore* (o folklore de las redes internáuticas), que no dejaba de generar cuestionamientos, respuestas y contestación a la globalización que se nos iba imponiendo a modo de curso inevitable de la historia y del progreso. El libro que publiqué sobre esa realidad (Díaz Viana, 2003) supuso una especie de “salto en el vacío”, del que no me arrepiento y que he tenido ocasión de continuar después, rastreando en mis publicaciones, las expresiones populares que surgían ante catástrofes como la del 11M en España, o la reciente pandemia de la COVID 19 (Díaz Viana, 2008 y 2021).

En su artículo “Reflexiones acerca del patrimonio inmaterial” (2018) realiza un análisis sobre esa concepción hegemónica- elitista de cultura que reposa en los programas europeos y se pregunta si el patrimonio inmaterial podría contribuir a la construcción de una Europa en donde se tenga en cuenta la diversidad -no como mero discurso- sino como recuperación y visibilización de esas identidades diversas que la configuran; pero ¿Cómo transformar ese enfoque excluyente no sólo en el marco local y nacional sino en el comunitario europeo? ¿Qué papel deben desempeñar la antropología y la educación en la consecución de ese objetivo?

Retomemos el hilo de Ariadna que hemos seguido para llegar hasta aquí, ya que a veces parece que utilizamos un buen número de términos para referirnos a las mismas cosas: folklore, cultura popular, cultura tradicional, Patrimonio Etnográfico y recientemente Patrimonio Cultural Inmaterial. Aparte de que el uso de estos términos tenga mucho que ver con las modas y estrategias de mercado de cada época como bien ha señalado Prat (1999), refiriéndose a su desgaste pasado y reciente en el ámbito español, también hay que reconocer que, en ese baile de palabras, puede darse una preocupación bienintencionada y honesta por replantear o añadir algo a un mismo problema, que no es otro que el de la creación y transmisión de cultura. Así, que a mi parecer no hay, ni debe haber contradicción en que un antropólogo se interese por el estudio de la cultura popular; y menos en España, donde la “tradición folklórica” presenta una cierta antigüedad, si no continuidad y vigencia en la historia de las diversas aproximaciones a lo cultural. Los humanistas españoles, por ejemplo, estuvieron entre los primeros sabios europeos que se interesaron por las que entonces y durante mucho tiempo fueron denominadas *antigüedades vulgares*, es decir, los conocimientos del mundo antiguo que aún pervivían dentro del saber vulgar o común. Si bien, todavía, no se había producido la pasión de las élites hacia lo popular que caracterizó a cierta corriente del movimiento romántico y que más tarde Peter Burke llamaría el “descubrimiento del pueblo” (Burke, 1981, pp. 3-22), ya se reconocía a partir del Renacimiento un valor a aquel saber de la mayoría, del vulgo, por parte de autores como Pedro de Mexía, Juan de Mal Lara o Rodrigo Caro. En ambas épocas, se trataba de un interés por la cultura no

hegemónica y por una forma de transmisión cultural que, en cuanto a mayoritaria, no había sido tenida generalmente en cuenta por los círculos de intelectuales, más bien resultando relegada e incluso despreciada por ellos. Sin embargo, era una fascinación *por* lo mismo, pero no *para* lo mismo. Donde los humanistas encontraban, a partir del saber de la gente corriente, restos o similitudes comunes de un pasado compartido, las de aquel mundo antiguo desaparecido que tanto les apasionaría, los románticos buscaban y descubrían casi lo contrario: las diferencias entre unos y otros pueblos a partir de la poesía popular entendida como más remota (que solía provenir de la Edad Media, pero a la que a veces se hacía deudora de tiempos y etnias anteriores a la romanidad). Y las culturas populares no han sido las culpables de las guerras que asolaron o ahora mismo asolan parte de Europa; no más, desde luego, que los discursos nacionales contruidos para justificación de las invasiones llevadas a cabo por ciertas oligarquías. Por el contrario, esas culturas se encuentran en el sustrato grecolatino que las amalgamó. Pero esa historia cultural en común que identifique y destaque lo que nos une, a partir del legado del mundo clásico, en lo más cotidiano de nuestras culturas está, en gran medida, todavía por escribir.

En un contexto tan complejo como el actual ¿cumplen la antropología y la etnografía su papel fundamental de comprender lo humano para diagnosticar lo que está pasando en nuestra sociedad?

Entiendo que no. La cultura popular es un campo que los antropólogos podemos y debemos abordar sin recelos ni complejos, como laboratorio apasionante desde el que trazar los diagnósticos más inesperados sobre lo que va ocurriendo en cada momento en una sociedad. Porque para comprender lo humano hay que esforzarse en conocer cómo actúa lo que nos hace tales: es decir, la cultura. Y, por eso, lo que más me ha interesado y me sigue interesando de la antropología y del estudio del folklore en —o desde— el laboratorio de la cultura popular es aprender algo nuevo de cómo funciona en la cultura popular el folklore, lo que para mí es como descubrir también el funcionamiento de la cultura en general, ya que toda cultura es —en principio— *popular* y toda cultura funciona mediante la *tradición*. Me continúa fascinando, por lo tanto, el folklore como plataforma en la que descubrir la capacidad humana de crear cultura y arte desde lo modesto, desde lo cotidiano, desde el anonimato. Hay intelectuales que creen que la buena

cultura es la que se hace fatalmente al margen de lo popular. Yo creo y he defendido —a menudo a contracorriente— lo contrario: que no se han producido obras de arte (las cuales verdaderamente valieran la pena) que no estén construidas desde un fértil terreno previo y preparado no sólo por otros, sino por la suma del saber de muchos, que es lo que entendemos, precisamente, como “popular”. Sin los géneros, modelos, temas, tópicos y fórmulas fijados por esas mayorías anónimas no existirían las grandes obras épicas que conocemos, pero probablemente tampoco Shakespeare, ni Cervantes, ni Homero. Es probablemente significativo que de la biografía de los tres se sepa tan poco y resulte hasta contradictorio lo que conocemos de ellos.

La frontera entre antropología, escritura y oralidad no es insalvable de ningún modo y, así, la literatura recibida o aprendida de forma oral y la que se transmite por escrito, conviven habitualmente en la experiencia vital de un mismo individuo, e incluso podría incluso decirse que en cada uno de los individuos ubicados en un ámbito donde se conoce ya la escritura pueden darse ambas formas de transmisión de lo literario. Y ello de dos maneras en apariencia contrapuestas: por un lado, mediante la re-oralización de lo escrito que se produce entre las gentes que no pueden o suelen acceder directamente a la escritura; y, por otro, a través del conocimiento de los cuentos, las canciones y leyendas que todos acostumbramos a tener *por el oído* —antes que por los libros— desde la infancia. El consumo masivo de canciones transmitidas mediante una oralidad *tecnificada* y la circulación abrumadora de leyendas urbanas por Internet entre los adolescentes de nuestro tiempo vienen a probar, por tanto, lo vigente que resulta hoy esa interinfluencia de lo oral y lo escrito. Pues, en el fondo, de lo que se está hablando es del arte de la palabra, aunque para matizar el carácter folklórico de aquello a lo que nos queremos referir cuando utilizamos hoy el sintagma *arte verbal*, Bascom (1981) precise que se trata de “la palabra hablada”, ya que “verbal” se identificaría con lo dicho, con lo hablado.

Ya que, como manifestaba Hymes (1975), una ciencia residual no puede justificarse permanentemente a sí misma, ni convertirse, según señalara Kroeber al hablar de la antropología, en una especie de “ciencia de las sobras” y, además, de las más heterogéneas. Sin embargo, a eso están abocando a la antropología y al folklóre las demandas que más frecuentemente se dan de una y otra en el mundo contemporáneo. Pues vemos que ambas son, sistemáticamente, colocadas

en la sección-ocio de los medios y el mercado como subdisciplinas proveedoras de residuos exóticos; ya se entienda lo exótico como lo salvaje de fuera o lo pintoresco de dentro, ya se trate de vender como aventura excitante o expedición estrafalaria el viaje con retorno a los últimos primitivos o a los campesinos en trance de desaparición. Lo que, desde luego, no debería ser así.

En una sociedad tan cambiante, ¿se podría hablar de un folklore específico de este siglo? ¿Cómo lo definiría?

Opino que sí. Y es, en este sentido, que siempre he defendido el carácter *universal*, *actual* y *central* de los estudios de folklore en el marco de las indagaciones antropológicas; o he terminado trabajando sobre las respuestas de la cultura popular ante el proceso de la globalización y sobre el folklore que se crea y transmite ahora mismo en forma de leyendas urbanas o parodias humorísticas a través de vehículos tan insospechados como Internet (Díaz Viana, 2003). Todo ello me ha reafirmado en esa aseveración que antes hice de que el folklore es *universal*, no sólo algo propio de las comunidades campesinas en las sociedades industrializadas; *central* en el conocimiento antropológico de cómo funciona la cultura; y *actual*, porque nos revela mucho de los problemas y tensiones que acaecen en nuestro mundo desde el momento presente. Continué —y continúo— utilizando el término de “cultura popular” para referirme al *espacio* cultural en donde *opera* el folklore, pero no como sinónimo del mismo. De hecho, la cultura popular ha sido también ese lugar no bien definido en donde se aparcaba aquello que iba quedando fuera de lo que en cada época era considerado Cultura (con mayúsculas) por las élites, es decir, al margen de la cultura que algunos llamarían *hegemónica*, *alta* o, en el ámbito de la antropología, “gran tradición” (Redfield, 1960), pues tendría que ver con la “pequeña tradición”. En esa especie de cajón de sastre convivirían corrientes aparentemente contrapuestas, como la cultura denominada “tradicional” y la “cultura de masas”; siendo el folklore de hoy más híbrido o diverso que nunca en soportes, géneros y formas de expresarse, pero coincidente en mostrar el desasosiego y preocupación ante las transformaciones bruscas y recientes: un folklore que desconfía del pasado y del futuro, de sus correspondientes utopías y de las innovaciones tecnológicas.

Las relaciones entre la antropología y la literatura parecen muy estrechas ¿Hasta dónde el trabajo antropológico es una creación literaria? ¿Acaso el escritor o escritora no es más que un etnógrafo/a que observa los recovecos de la realidad para crear mundos alternativos? ¿Y en el trabajo etnográfico, el diario de campo no suele convertirse a veces en una libreta en donde se novela, de alguna manera, la realidad observada?

Esas relaciones, en mi caso, han sido tan estrechas e íntimas como ya comenté al comienzo. No fue -seguramente- casual, que se me encargara escribir el Prólogo a la primera edición en España del libro *Writing culture*, que aquí se tituló *Retóricas de la antropología* (1991). Geertz, por su parte, y como también antes he apuntado, destacaría que una de las tareas obvias de los antropólogos es esa de escribir. Y Caro Baroja (1985), entre otros, señaló que las obras de autores literarios de diferentes épocas podían ser consideradas como verdaderas fuentes etnográficas. A mí, dentro de todo ese panorama, me interesa muy especialmente aquella ligazón intrínseca que se manifiesta entre antropología y oralidad literaria. Pues, de hecho, no hay gentes ni pueblos *incultos* —en un sentido estricto— ya que la condición humana se caracteriza en cualquier latitud y estadio por la transmisión de saberes mediante la cultura aun entre los individuos iletrados. Y de la misma manera puede afirmarse que, considerando el término literatura en su sentido más amplio, no hay pueblos o culturas no literarias, que no narren oralmente si no su historia algún tipo de historias. En este sentido, entiendo a la etnoliteratura -a la cual he dedicado más de un trabajo y un volumen- como una forma de hacer antropología desde lo literario: “de cifrar y descifrar el mundo” (Díaz Viana, 2005).

Pero, en realidad, y este es el punto de vista en el que más quiero incidir aquí, todo arte de la palabra, también el de la literatura escrita, remite a la palabra como sonido, al verbo que suena y resuena, aunque sea en voz baja, calladamente, si leemos un texto en soledad. De no existir la palabra como sonido, no existiría la escritura, que es una forma de codificarla visualmente. Esto constituye una obviedad que, no obstante, con frecuencia, parece olvidarse. Imaginemos que los sistemas de grabación del sonido hubieran precedido a la aparición de la escritura: quizá ésta, entonces, ni siquiera hubiera llegado a existir. Sin embargo, una escritura sin palabra hablada, sin lo *verbal*, resulta sencillamente inimaginable. Hay también un cierto etnocentrismo, que viene reflejado por la etimología del propio término de *literatura*, que hace referencia a

letra, en considerar sólo literatura a la literatura escrita. Y es esta última, en efecto, la que ha conformado un determinado tipo de literatura y cultura en Occidente, pero eso no quiere decir que la literatura no existiera en otros pueblos y culturas. De hecho, el *universal* es —y debería ser para nosotros— la literatura como arte de la palabra, no la literatura escrita; del mismo modo que el *universal* es la llamada cultura popular: en suma, las formas de crear y transmitir cultura mediante la palabra, sea escrita o no. Encuentra -así- su pleno sentido lo que al principio decía a propósito de que el folklore (tal como yo lo entiendo) es *universal*, *central* y *actual*. Especialmente en esos dos primeros aspectos o características, tiene el folklore que ser *universal* porque, como ya he dicho, hace referencia a los procesos creativos relacionados con lo literario, que es la manera universalmente humana de expresarse y contar (más allá del uso ordinario del lenguaje); y tiene que ser *central* porque esa capacidad general de narrar tiene una gran importancia en la autodefinición de las culturas: no hay culturas sin mitos, sin leyendas, sin cuentos. Porque, además, sin ellos probablemente tampoco existirían. Sin la parte inventada, sin su imaginario, las culturas difícilmente tendrían plasmación real: son intangibles por naturaleza, y aquellas cosas que oímos, vemos o tocamos constituyen sólo sus manifestaciones.

Y, por último ¿cuáles son los principales desafíos de la antropología en la actualidad?

Asumir el reto de un diseño de mundo alternativo. No implicarse o convertirse en una especie de ONG o sucursal de activistas a tiempo parcial, pero tampoco pretenderse exquisitamente neutral, como en tiempos aparentó ser, ya que la mera presencia del etnógrafo incide en lo observado y tal neutralidad es imposible. La gran oportunidad de la antropología en el presente es asumir algunas de sus intuiciones más singulares, como mostrar otros caminos de futuro. Ya que está por demostrar que la humanidad haya escogido siempre las mejores opciones para su propia pervivencia y desarrollo o que, ahora mismo, no se encuentre, a menudo, inclinándose por “la política de lo peor” (Virilio, 1997). Desde la antropología tenemos (o creemos tener) más o menos claro en qué consiste la cultura. La mayoría de los antropólogos asumen la importancia del concepto de la misma para nuestro oficio, tanto como el manejo de la etnografía para el desempeño del mismo, pero hay, sin embargo, quienes recelan del término y de lo que piensan

exageraciones o abusos en su utilización, mientras otros estamos convencidos de que la cultura es un medio, pero no un fin: sabemos de las ambigüedades y riesgos de la palabra y no creemos que la tarea antropológica deba reducirse a la mera indagación sobre lo cultural. Sería la investigación sobre hombres y mujeres de carne y hueso lo que nos propondríamos y esto, por supuesto, no puede hacerse si no es a través del estudio de la cultura/o culturas, que hasta el momento constituye lo que nos convierte en cabalmente humanos.

De ahí que, en clara contestación a ciertas corrientes neo-biologistas, algunos colegas con los que coincido hablen de la antropología, con su análisis y foco central puesto sobre la cultura, como de un verdadero "proyecto humanizador" (Fernández 1999). Si, como señalan ciertos autores, la cultura pudo ser vista en otros tiempos "como una casa", hoy, más bien se asemejaría a "los restos de un naufragio sobre una isla desierta" (Carrithers 2005, p. 442). Y el etnógrafo/a sería quien busca un sentido para esos restos. Un mensaje ético, una orientación moral para lo que vendrá, para lo que en el mañana debería potenciarse o ser evitado, si queremos que continúe habiendo un horizonte humano, un futuro habitable para todos nosotros. Habrá que aceptar la etnografía no sólo en cuanto una "escritura realmente creativa"; sino también como una indagación tejida con jirones de vida propios; que como señaló Graeber (2004) busque modelos colaborativos y no autoritarios de progreso humano, hasta encontrar el lugar adecuado de las emociones, lo autobiográfico y la experiencia personal dentro de su desarrollo. La etnografía, por lo tanto, lejos de reducirse a esa aséptica técnica recolectora que estaría orientada sólo a la recogida de materiales para colocar en vitrinas (reales o metafóricas), constituye una actividad muy compleja de límites a veces poco precisos o con dimensiones éticas nada irrelevantes.

Y el etnógrafo/a, en su caminar hacia la descripción densa de las culturas (Geertz, 1973), ha de aunar, finalmente, teoría y práctica, habilidad para que le cuenten y capacidad para contar. Además de un compromiso irrenunciable con la lucidez sobre sí mismo y sobre los otros en la búsqueda sincera de la verdad.

Bibliografía

- Bascom, W. R. (1981). *Contributions to folkloristics*. Meerut (India): Archana Publications.
- Ben-Amos, D. (2000). Hacia una redefinición del folklore en contexto. En C. Sánchez Carretero y D. Noyes (eds.). Presentación y revisión de L. Díaz G. Viana. *Performance, arte verbal y comunicación. Nuevas perspectivas en los estudios de folklore y cultura popular en USA*. Oiartzun: Sendoa.
- Burke, P. (1981). *Popular Culture in Early Modern Europe*. New York: Harper & Row.
- Caro Baroja, J. y Temprano, E. (1985). *Disquisiciones antropológicas*. Madrid: Istmo.
- Carrithers, M. (2005). Anthropology as a Moral Science of Possibilities. *Current Anthropology*, 46(3), 433-456.
- Clifford, J. y Marcus, G. E. [1986] (1991). *Retóricas de la antropología*. Barcelona: Ediciones Júcar.
- Diario de Valladolid (2017). *El suicidio que devuelve la vida*. Extraído de: <http://diariodevalladolid.elmundo.es/articulo/cultural/suicidio-devuelve-vida/20170605122304222753.html>
- Díaz Viana, L. (1979) *Catálogo folklórico de la provincia de Valladolid*. 5 Tomos. Volumen I: Romances tradicionales. Volumen II: Romances tradicionales. Volumen III: Dulzaineros y tamborileros. Volúmenes IV y V: Cancionero Musical. Valladolid: Institución Cultural Simancas.
- Díaz Viana, L. (2003). El regreso de los lobos: La respuesta de las culturas populares a la era de la globalización. Madrid: CSIC.
- Díaz Viana, L. (2005). Cifrando y descifrando el mundo: la Etnoliteratura, una Antropología desde lo literario. En *Etnoliteratura: lecturas de la condición humana. Homenaje a Manuel de Lafuente Lombo, volumen monográfico de Revista de Dialectología y Tradiciones Populares, Tomo LX, Cuaderno Primero*. Madrid: CSIC.
- Díaz Viana, L. (2008). *Narración y memoria. Anotaciones para una antropología de la catástrofe*. Madrid: UNED.

- Díaz Viana, L. (2017). *La cortesía de los suicidas*. Valladolid: Páramo Editorial.
- Díaz Viana, L. (2017). *Miedos de hoy: leyendas urbanas y otras pesadillas de la sobremodernidad*. Salamanca: Amarante.
- Díaz Viana, L. (2018). Reflexiones acerca del patrimonio inmaterial: el recelo a la diversidad cultural. *Quaderns de la Mediterrània = Cuadernos del Mediterráneo*, (27), 292-296.
- Díaz Viana, L. (2018). *Todas nuestras víctimas*. Valladolid: Páramo Editorial.
- Díaz Viana, L. (2021). Relatos que emergen cuando el mundo se apaga. Crónicas antropológicas sobre el fin de un tiempo. En *La vida cotidiana en tiempos de la COVID*. Madrid: Los libros de la Catarata.
- Díaz Viana, Luis. [1999] (2019). Los guardianes de la tradición... y otras imposturas acerca de la cultura popular. Valladolid-Morelia: Páramo-UNAM.
- Fernández, J. W. (1999). La antropología y el proyecto humanizador. Meditaciones `extramuros sobre el `momento milenio`, sus compromisos y sus desafíos: un ensayo. *Agora. Papeles de filosofía*, 2, 5-14.
- Foster, G. (1953). What is Folk Culture? *American Anthropology*, LV, pp. 159-173.
- Geertz, C. (1973). *La interpretación de las culturas*. Barcelona: Editorial Gedisa.
- Geertz, C. (1989). *El antropólogo como autor*. Barcelona: Ediciones Paidós.
- Graeber, D. [2004] (2018). *Hacia una teoría antropológica del valor. La moneda falsa de nuestros sueños*. Buenos Aires: Fondo de Cultura.
- Gutiérrez Estévez, M. (2017). Sobre `La cortesía de los suicidas` de Luis Díaz Viana. Extraído de <https://www.editorialparamo.com/post/2017/10/09/sobre-la-cortes%C3%ADa-de-los-suicidas-de-luis-d%C3%ADaz-viana-por-manuel-guti%C3%A9rrez-est%C3%A9vez>.
- Hymes, D. [1975] (2000). La naturaleza del folklore y el mito del sol. En Cristina Sánchez Carretero y Dorothy Noyes (eds.). Presentación y revisión de Luis Díaz G. Viana. *Performance, arte verbal y comunicación. Nuevas perspectivas*

en los estudios de folklore y cultura popular en USA. Oiartzun: Sendoa.

Prat, J. (1999). Folklore, cultura popular y patrimonio. *Arxius de Sociologia*, 3, 87-109.

Redfield, R. (1960). *The Little Community. Peasant Society and Culture*. Chicago: The University of Chicago Press.

Virilio, P. (1997). *El ciber mundo, la política de lo peor*. Madrid: Ediciones Cátedra.